

Dr. Mario Roccatagliata

El Dr. Mario Roccatagliata falleció en Buenos Aires el 16 de julio de 1998. Quienes compartimos muchos años con él la tarea hospitalaria tuvimos el privilegio de conocer a un ser humano excepcional y pediatra brillante. Asociándonos al sentimiento de la comunidad pediátrica ante la pérdida de una figura tan querida y respetada, hoy nos unimos al dolor de su familia y le brindamos este homenaje. Los editores de Medicina Infantil agradecemos al Dr. Alberto Alvarez, Director Asociado del Hospital Garrahan, la cálida semblanza del Dr. Roccatagliata que acompaña a estas líneas; a la vez que por la gentil autorización de sus familiares, incluimos una pieza literaria producto del fino ingenio del Dr. Roccatagliata.

Siempre estaba rodeado de gente inquieta, que se planteaba preguntas y buscaba respuestas.

Su compromiso con los chicos y las familias era muy grande y manejaba, con criterio y discreción, complejas situaciones familiares que hacían a la salud de sus pacientes. Mostraba intuición y sagacidad para simplificar lo complejo, llegar rápido al fondo de las situaciones y encausar sin violencias los problemas entrevistados. Nunca ofreció soluciones ideales e imposibles, siempre eligió lo simple, lo constructivo, lo alcanzable, en oposición a lo brillante e improbable.

Su pediatría fue trascendente, nunca rimbombante. Tuvo siempre claro a quien estaban dedicadas sus acciones y podría decirse que nunca olvidó el "curar en lo posible, acompañar siempre".

Fue humilde en cuanto de humilde tiene la siembra permanente (humus). Había indicadores manifiestos de ello: ese auto con personalidad propia que usaba por los años 60 y que cambiaba por su cuenta el lugar donde él lo había estacionado, o el tamaño de sus recetas y su letra pequeña, digna de interpretación grafológica.

Su paso rápido dejaba huella. En esa siembra y esa huella quedan improntas de sus

ideas, sus proyectos, sus creaciones. Y esto arranca de su etapa de practicante en una guardia que se respetó por capacidad, responsabilidad, ideas. Siguió en su labor en la sala I, del hospital de niños junto a Maggi, Capurro, García Díaz, Mattera, Urkovich, Susana Lustig, Gianantonio.

La docencia fue su estilo, si pensamos que es maestro aquel que puede servir de modelo. Cuando se planteó en el Hospital de Niños la introducción de la "Residencia" quedó claro para todos que en una docencia asistemática como se la entendió,

la base de la misma eran los modelos y él fue señalado siempre como fundamental. Dirigió y le dio contenido al consultorio del niño sano. Esta creación constituyó un complemento ideal a la medicina llamada "compleja" que formaba el núcleo del aprendizaje, la discusión fisiopatológica. Allí se encontró un camino para jerarquizar el seguimiento ambulatorio muy decaído en el Consultorio Externo tradicional,

y gracias a su participación activa pudo constituirse un equipo de trabajo multi e interdisciplinario que posibilitó la comprensión y la reflexión, jerarquizando los aspectos emocionales, familiares, conductuales y sociales en un intento de



síntesis integral de los problemas de salud del niño. Me surgen nombres como el del Alberto Campos primero y Aurora Perez después como participantes en este grupo que Roccatagliata supo liderar.

Su sentido de amistad, de comprensión, de respeto, sumado a su fina sensibilidad daba idea de su riqueza personal. Tenía información amplia, cultura que le permitía el diálogo con muchos. La ironía y el humor estaban muchas veces presentes en sus acotaciones y resultaba envidiable escucharle colocar un chiste breve en algunas de las discusiones cargadas de tensión en las que le tocaba participar. Junto a él se formó gente que entendió su conceptualización. Recibieron sus mensajes y reflexiones, varias generaciones que en su práctica pediátrica posterior, buscaron el recuerdo de las reuniones de trabajo, ateneos, priorizaciones que tendían a darle sentido a situaciones clínicas motivos de consultas.

Actuó en la S.A.P. Fue profesor titular de pediatría. Adquirió nivel de consultor con el entusiasmo de su vitalidad y su compromiso y con cierto escepticismo, favorecido por una realidad difícil en la que se vió inmerso.

Muchos lo elegimos como el pediatra de nuestros hijos pequeños. En él encontramos continencia, prudencia, orientación, responsabilidad, profesionalidad.

Seguramente necesitó expresiones artísticas para descargar en parte sus emociones. Escribió y pintó. Recuerdo uno de sus cuadros: un patio de baldosas iguales, homogéneas; en medio de ellas el brote de una flor. ¿Optimismo? ¿Romanticismo? ¿Fantasía? ¿Esperanza?.

En un viejo castillo español se lee: Haz de vivir la vida de tal suerte, que quede vida en la muerte. Mario Roccatagliata lo logró.

Alberto Alvarez

Cuento del astrónomo y el ahorcado*, de Mario Roccatagliata

Apasionado estudioso de la mecánica celeste, Guido Gerónimo Cavalchini, teniente alcaide del castillo de Borlasca, leía con avidez la "Astronomía nova", recién publicada por Johannes Kepler, al mismo tiempo que oía y quizás, por momentos, escuchaba, al condenado a muerte Franco D'Urbino.

Hasta tres peticiones toleraba la ley lombarda a quienes iban a ser ajusticiados, y Franco D' Urbino las estaba presentando.

Señor – decía -, me sé flojo . Se también que, en el cadalso, el miedo me impondrá conductas indignas. Pido, por eso, que mi sentencia no se cumpla mientras el sol ilumine la plaza de Borlasca y la inclemente claridad del día se complazca en difundir los desarreglos de mi cobardía.

-Concedido – respondió el teniente alcaide sin interrumpir la lectura de un párrafo.

-Señor – continuó el condenado-, las noches de Borlasca tienen una dulzura indecible que ha inspirado delicadas canciones a los poetas y serenas reflexiones a los pensadores. El exquisito Gianfrancesco de Verona y Mateo Fortunato Roncagna, llamado el Sabiente, coinciden en alabarlas como obras perfectas del creador. Y yo, que pronto deberé presentarme ante El, quisiera no hacerlo mientras mi cuerpo, colgado de una soga, deshonra una de sus obras maestras.

-Pido, por eso, que mi sentencia no se cumpla mientras el terso manto de la noche cobije la paz de la Borlasca.

- Concedido – respondió rápidamente Guido Gerónimo Calvachini.

-Señor – prosiguió Franco D'Urbino -, el bondadoso rabí Moisés Ben Maimón, que el mundo conoce como Maimónides, enseñaba en Córdoba la vieja que la vida humana sería imposible sin el piadoso olvido, tenaz limador de los pesares más duros. Pero tampoco sería posible la vida de los hombres, sin el aliento de la perseverante esperanza. Fray Doménico Seraglia conjetura que los pescadores arrojados al infierno resisten los más atroces tormentos, sólo porque en el fondo de sus corazones culpables anida la esperanza de que algún día serán redimidos por la clemencia infinita de Dios. Y bien: soy culpable y es justa mi muerte ¿ pero no sería un ensañamiento cercano a la sevicia disponer que pierda la vida cuando la aurora promete la aventura de un nuevo día o cuando el lento ocaso anticipa el prodigioso bien del sueño?. La ley debe ser justa, no cruel. Pido, por eso, que mi sentencia no se cumpla mientras el promisorio amanecer enlace la noche con el día, ni cuando el lágido crepúsculo enlace el día con la noche.

-Guido Gerónimo Cavalchini miró por un instante al condenado, por tercera vez le dijo "Concedido", y tras ordenar con un gesto que se retirara, volvió a su lectura.

-Franco D'Urbino fue ahorcado en la plaza de Borlasca tres días después, a las cuatro y ventiseis minutos de la tarde, durante el eclipse de sol del 5 de agosto de 1609.

* Primer Premio en el Concurso de "Cuentos Cortos" de la revista "Artes plásticas, visuales y literarias", año 1987.